

EL CARIBE Y AMERICA LATINA.
GERARD PIERRE-CHARLES

El Caribe como conjunto regional ha ejercido históricamente una influencia notable en la evolución del continente, desde el descubrimiento y los inicios de la colonización, pasando por la etapa de las guerras de independencia y la posterior fase de reconquista colonial, hasta la Revolución Cubana.

Es bien sabido que en las Antillas se instaló la primera base colonizadora de España en el Nuevo Mundo, iniciándose allí el fenómeno de aculturación del conquistador a la civilización autónoma y a la ecología de los espacios descubiertos. Se forjaron así los primeros implementos materiales y jurídicos del dominio multisecular de Europa en nuestro continente. A este respecto, merece mención especial la institución de la encomienda que tanta trascendencia ha tenido en la conformación del modo de pro-

ducción y de los sistemas de organización social y política de toda la América española, y cuyos vestigios se encuentran aún en las estructuras económico-sociales de las formaciones latinoamericanas.

Asimismo, esa región vio nacer la difícil y larga empresa de resistencia a la opresión que correspondió a todas las etapas de la imposición colonialista e imperialista sobre nuestra América. Es preciso recordar que fue en esas islas escasamente pobladas y de poca extensión territorial, donde se levantó la bandera de la lucha en contra de los conquistadores. Los caciques Caonabo y Anacaona en Haití, Hatuey en Cuba y Guaynaba en Puerto Rico, fueron los primeros hombres de América que organizaron la resistencia de miles de indios en contra del yugo foráneo. En esas islas cayeron muertos los primeros invasores, y la misma denominación del área responde al nombre de los indómitos indios "caribes" que denodadamente pelearon con fervor en lucha desigual contra la agresión extra continental.

También de la región insular, partieron las grandes expediciones de descubrimiento y colonización de tierra firme. La Española, y luego Cuba, constituyeron las bases de apoyo a las expediciones de Pedrarias Dávila y Pedro Alvarado hacia América Central, de Núñez de Balboa hacia Panamá y el Pacífico, de Juan de Grijalba hacia Yucatán y de Hernán Cortés a México. Con esas primeras incursiones, toda la cuenca del Caribe se convirtió en una avanzada de España; luego, como lo dijera Juan Bosch, esa región pasó a ser una "frontera imperial" para las potencias colonialistas, sacudidas por la fiebre de oro del mercantilismo, la que se convertiría poco después en fiebre de plusvalía del capitalismo en expansión.

Con el florecimiento de la colonización española los ricos territorios continentales pasaron a ocupar el primer plano en la empresa de saqueo e institucionalización colonial. El Caribe, sin perder su importancia, cambió de función en la división internacional del trabajo, impuesta hasta entonces por España. Cuba, punto de encuentro de la flota anual, se convirtió en clavija maestra del sistema de vin-

tigar. Conviene recalcar que resulta imposible entender las particularidades de la organización social antillana, sin reparar en la función histórica de las Antillas en el desenvolvimiento del capitalismo mundial. Asimismo, resulta difícil, por ejemplo, comprender el dinamismo, la violencia y el contenido de la Revolución Haitiana de 1791-1804, que abre la era de la independencia latinoamericana, sin fijarse en el hecho de que la porción francesa de la isla, la colonia de *Saint-Domingue*, que se convirtió bajo el impulso del capital metropolitano, de la demanda del mercado mundial, y mediante la explotación desenfadada de los esclavos, en la tierra azucarera más próspera del continente en el siglo XVIII. Con ello alcanzó un grado de desarrollo de sus fuerzas productivas que no se dio en ninguna otra parte de América Latina, lo que originó en gran medida que allí se iniciara el proceso de la Revolución Independiente. Como fruto de las contradicciones inherentes a este desarrollo, estalló una guerra social de extraordinario alcance, que cristalizó, en la emergencia de la nación haitiana. Cabe recordar que el verdadero espíritu de solidaridad latinoamericana nació en este escenario con los próceres Jean Jacques Dessalines y Alexandre Petion, quienes entendieron con cabal lucidez, el carácter continental de la lucha por la emancipación americana, y dieron su ayuda en armas y hombres a Miranda y Bolívar en su gesta libertadora.

El Caribe también tiene el triste privilegio de ser una de las primeras regiones del continente en que se da el fenómeno de la reconquista colonial. Se dibujó allí con excepcional nitidez el proceso de reconversión del dominio colonialista a la sujeción imperialista y neocolonial. Cuba y Puerto Rico representan al respecto modelos clásicos, pero aún más evidentes, aparecen los casos de las Antillas inglesas y francesas; allí las mismas manos dispensadoras de latigazos en las plantaciones esclavistas, se convierten en dispensadoras de salarios; los mismos hombres antes esclavos pasan a ser en una misma generación los proletarios explotados; y la misma potencia colonial se transforma en metrópoli imperialista, disponiendo de mayores

tigar. Conviene recalcar que resulta imposible entender las particularidades de la organización social antillana, sin reparar en la función histórica de las Antillas en el desenvolvimiento del capitalismo mundial. Asimismo, resulta difícil, por ejemplo, comprender el dinamismo, la violencia y el contenido de la Revolución Haitiana de 1791-1804, que abre la era de la independencia latinoamericana, sin fijarse en el hecho de que la porción francesa de la isla, la colonia de *Saint-Domingue*, que se convirtió bajo el impulso del capital metropolitano, de la demanda del mercado mundial, y mediante la explotación desenfadada de los esclavos, en la tierra azucarera más próspera del continente en el siglo XVIII. Con ello alcanzó un grado de desarrollo de sus fuerzas productivas que no se dio en ninguna otra parte de América Latina, lo que originó en gran medida que allí se inicie el proceso de la Revolución Independiente. Como fruto de las contradicciones inherentes a este desarrollo, estalló una guerra social de extraordinario alcance, que cristalizó, en la emergencia de la nación haitiana. Cabe recordar que el verdadero espíritu de solidaridad latinoamericana nació en este escenario con los próceres Jean Jacques Dessalines y Alexandre Petion, quienes entendieron con cabal lucidez, el carácter continental de la lucha por la emancipación americana, y dieron su ayuda en armas y hombres a Miranda y Bolívar en su gesta libertadora.

El Caribe también tiene el triste privilegio de ser una de las primeras regiones del continente en que se da el fenómeno de la reconquista colonial. Se dibujó allí con excepcional nitidez el proceso de reconversión del dominio colonialista a la sujeción imperialista y neocolonial. Cuba y Puerto Rico representan al respecto modelos clásicos, pero aún más evidentes, aparecen los casos de las Antillas inglesas y francesas; allí las mismas manos dispensadoras de latigazos en las plantaciones esclavistas, se convierten en dispensadoras de salarios; los mismos hombres antes esclavos pasan a ser en una misma generación los proletarios explotados; y la misma potencia colonial se transforma en metrópoli imperialista, disponiendo de mayores

recursos de dominio y de control. Al intervenir el fenómeno imperialista, con el surgimiento de los Estados Unidos como potencia hegemónica del mundo capitalista, todo el Caribe y el Golfo de México, desde el Río Bravo, hasta Panamá y Venezuela, incluyendo la constelación isleña, se transformaría en espacio estratégico de Norteamérica. En un avance incontenible, junto a las cañoneras o precediéndolas, los capitanes de la industria y de la banca invadieron el área antillana para promover la nueva economía de plantación y realizar toda clase de transacciones financieras, corrompiendo a las administraciones locales, y estableciendo un dominio cuyos únicos límites fueron los acordados en el reparto de las islas con los socios menores de Londres, París y Amsterdam.

En esa nueva etapa, le tocó a Cuba convertirse en la tierra de mayor penetración imperialista, no sólo a escala del Caribe, sino a nivel continental. Precisamente, a partir del gran desarrollo de las fuerzas productivas en la isla del azúcar, de las contradicciones económicas, sociales y políticas, a las que diera lugar, y a la misma articulación de la economía y de la sociedad cubana con los Estados Unidos, se generaría el conjunto de factores objetivos y subjetivos que se conjugaron en el desencadenamiento de la revolución, que inicia la era de la segunda independencia de América.

Esta revolución, fruto del mismo juego de contradicciones que se daban en el seno de esa nación antillana, entre el imperialismo, las fuerzas de liberación nacional y el socialismo mundial, habría de conducir a Cuba a la realización de un proyecto socialista, cuyo alcance rebasó los límites del Caribe para proyectarse a nivel continental y mundial.

Partiendo de este acontecimiento, resulta imposible para cualquier hombre del planeta, echar un vistazo al mapamundi, sin ver, gustándole o no, en pleno corazón de América, en la zona del Caribe, la presencia viva y roja de Cuba. Esta presencia señala hoy día, en nuestro hemisferio, la frontera entre dos mundos; sintetiza ella la larga lucha del Caribe y de América Latina hacia la reconquista

de su determinación histórica, perdida desde el día en que el mercantilismo español llegó a las riberas del Nuevo Mundo.

El papel histórico del Caribe en América, se ha sobrepuesto al resquebrajamiento y a la dispersión del arco antillano. Se finca en la identificación plena de esa área, con los problemas y anhelos de los pueblos latinoamericanos. Sin embargo, el Caribe no ha logrado vencer su aislamiento en relación con Latinoamérica. Dicha insularidad, más que un fenómeno natural, viene a ser un hecho histórico, inseparable del fenómeno colonial. En efecto, la polarización de las entidades caribeñas y latinoamericanas hacia esferas diferentes de dominación colonial e imperialista, ha implicado la imposición de moldes económicos y socio-culturales diversos, dificultando asimismo la comunicación entre ambos conjuntos. De ahí este distanciamiento y desconocimiento recíproco propio de las relaciones entre uno y otro, fenómeno cuyo alcance resulta mayor que la misma separación espacial, y el cual abarca desde la percepción común del hombre de la calle, hasta la preocupación del científico social, con vistas a lograr una visión completa de la realidad caribeña y continental.

Esta situación determina que un antillano, desde su universo económico, político y cultural, conformado por la dominación foránea, se sienta más identificado con su metrópoli que con América Latina. Asimismo, lleva por lo general al latinoamericano a excluir el perímetro antillano del espacio y la problemática del subcontinente. Por una y otra parte, esta ignorancia mutua impide advertir que en esa región se han dado históricamente, y se siguen dando, los mismos fenómenos de supeditación que son los que América Latina; nada más que aquéllos cobran en el Caribe más pureza, debido sin duda alguna, al hecho de que el impacto de las fuerzas externas ha resultado más brutal y totalizador, provocando cierta homogeneización de la condición supeditada en estos espacios geográficamente reducidos en donde la resistencia a la opresión ha venido a recaer en culturas y pueblos transplantados. Esta impregnación, está pues ligada al hecho de que las Antillas

han carecido históricamente de una base geográfica y demográfica tan compacta como las sociedades de tierra firme, las cuales han podido a partir de esos cimientos, resistir en forma más coherente a la acción opresora.

No obstante, la dependencia y el subdesarrollo antillanos con sus particularidades ya que hablan inglés, francés u holandés, son par de la misma aventura histórica, la que se desprende del desenvolvimiento del capitalismo mundial y de la división internacional del trabajo. Por lo tanto, esta comunidad histórica, ha de servir de sustento a la visión cognoscitiva de ambos espacios, y a la misma perspectiva libertadora.

Así, al indagar el pasado y el presente de las regiones isleñas y continentales de nuestra América, se perciben una serie de elementos configurativos de ciertos perfiles estructurales comunes y de marcadas diferencias. Estos rasgos diferenciales y similares, se han tejido en un proceso geopolítico, en el que el Caribe se ha constituido precoz y sostenidamente en frontera de los avances expansionistas de las potencias capitalistas mundiales, y en foco de contradicciones internas de descomunal magnitud. Por lo tanto, ha exteriorizado conflictos sociales y tensiones internacionales muy agudas, y por lo mismo ha sido el teatro de procesos libertadores que han adquirido relevante significado en la historia latinoamericana, concomitantemente a la influencia que ésta ha tenido sobre el acontecer caribeño. Con razón Darcy Ribeiro, en su libro, *Las Américas y la civilización*, señala:

El estudio de las Antillas ofrece un interés particular porque ellas muestran, en estado puro, de manera ampliada, los efectos de la colonización europea cumplida por medio del sistema de plantaciones, cualquiera que fuese el pueblo que hubiese emprendido la explotación. Ellas ejemplifican que la política si no va acompañada de la autonomía económica, sólo conduce a la sustitución del dominio colonial por nuevas formas de sujeción. Ellas testimonian por igual, cómo a partir de las mismas masas humanas pueden plasmarse pueblos progresistas y orgullosos de sí mismos, como son los cubanos de hoy.

El lugar del Caribe en el continente y la integración entre esas dos regiones, merecen ser reevaluados, ya que por lo general la historiografía y la ciencia política latinoamericana, no les han atribuido toda la importancia que merecen. El papel del Caribe, también debe ser considerado en su dimensión actual, así como el lugar que juega en la política latinoamericana, en relación a la conducta de los Estados Unidos hacia este subcontinente, en el contexto de la política internacional, sobre todo después de la Revolución Cubana.

Por ello, conviene reexaminar en su profundidad y complejidad las relaciones internacionales que han servido secularmente de marco y de factor conformador de las naciones y nacionalidades del Caribe, a partir del colonialismo y del advenimiento del imperialismo y analizar esa vinculación, no sólo en su aspecto formal y jurídico, que por sí mismo refleja la deformación y enajenación orgánica impuesta desde el exterior, sino sobre todo el juego de las fuerzas económicas y sociales derivadas de la dinámica del capitalismo mundial, y que han moldeado las estructuras productivas, la organización social, la fisonomía cultural y el edificio político de las sociedades antillanas. Esta fuerza histórica externa ha entrechocado y se ha entrelazado en formas diversas amalgamándose con la multiplicidad de los componentes internos de cada entidad antillana, para dar a cada una su morfología particular.

La confrontación de la experiencia de cada entidad y cada constelación de territorios satelizados, no dejará de contribuir a romper el encasillamiento existente, que ha conducido a la balcanización de la zona, y a abundar en el sentido de un mejor conocimiento de su filiación colectiva y de sus respectivas realidades individuales.

Además, se ha comprobado que los grupos dominantes de los diferentes espacios geopolíticos han venido a identificarse con los mandatos e imperativos del sistema de poder y dominación externo. Las modalidades de estos acoplamientos merecen ser precisadas en sus particularidades, así como la evolución y los rasgos esenciales de los regímenes políticos del área. Estos, en sus estructuras de

poder y organización, dentro de la variedad de las configuraciones institucionales que ofrecen, han expresado la metamorfosis de la condición subalterna, así como las nuevas formas de resistencia multifacética de la misma, por parte de los sectores más arraigados al *substratum* nacional. Resulta necesario, tras las expresiones institucionales tan disímiles, recuperar la esencia orgánica y funcional del Estado; fijar sus relaciones en el orden económico, clasista y étnico históricamente constituido, y su papel dentro del sistema interno e internacional. Asimismo, importa evaluar la viabilidad de los proyectos explícitos o potenciales de conquista de una soberanía auténtica por parte de esas naciones menores, dentro de un contexto geopolítico y estratégico, en donde además de los tradicionales choques de intereses de las potencias capitalistas, se da el fenómeno nuevo de la confrontación en las aguas del Caribe de los dos sistemas antagónicos que definen el mundo contemporáneo: el capitalismo y el socialismo.

Por otra parte, al insertar al Caribe como lo requieren la historia y la geografía, así como la política, a pesar de ciertas diferenciaciones culturales y lingüísticas, dentro de la problemática latinoamericana, y situarlo junto a ésta frente al poder hegemónico norteamericano, es preciso puntualizar los componentes e implicaciones de dicha inserción.

Un examen de esta envergadura sugiere profundas reflexiones que habrían de ahondarse desde un triple punto de vista: a) En función del significado y aporte de la región antillana a la formulación y definición de las funciones subalternas propias de América Latina; b) En cuanto a la vinculación política existente o necesaria entre esa región y el subcontinente, viendo esa vinculación, tanto desde el punto de vista de los intereses de las respectivas burguesías en pos de mayor afirmación nacional o un mayor poder de negociación, como desde la perspectiva de la emancipación mancomunada; c) En cuanto a la conciencia conformadora del porvenir y del proyecto del futuro por construir, que encierra la solidaridad entre los pueblos del Caribe y el conglomerado latinoamericano.

Es de gran importancia tanto para los pueblos del Caribe como para la comunidad continental, tener siempre presente el lugar estratégico que ocupa, y el peso económico que tiene en el sistema de dominación norteamericano sobre el subcontinente latinoamericano.

El general Roland del Mar, ex jefe del Colegio Interamericano de Defensa, apuntaba a este respecto:

Durante la Segunda Guerra Mundial más de 5.000 naves de combate y cerca de 8.500 barcos de abastecimiento militar pasaron por el Canal de Panamá, y por lo tanto por el Caribe. Durante la Guerra de Corea 2.974 naves del gobierno usaron el Canal y los Estados Unidos movieron 54 millones de toneladas de carga y 22 millones de toneladas de productos de petróleo por la ruta del Canal.

Estos datos, y los muchos más que quedan por ser calculados referentes al papel logístico del Caribe durante la Guerra de Vietnam, son ilustrativos de la importancia capital del Caribe. Esto queda aún más evidenciado al considerar lo impresionante del aparato militar norteamericano instalado en el área, sobre todo después de la Revolución Cubana. Edwin Lieuwen, conocido científico social norteamericano, estrechamente vinculado con el Pentágono, señala que el establecimiento militar cuenta con veinte bases militares de diversa índole, diez en la zona del Canal de Panamá, seis en Puerto Rico, y además la base de Guantánamo en Cuba, de la Chaguaramas en Trinidad, y las estaciones de rastreo situadas en Antigua y Santa Lucía, así como las estaciones de experimento naval ubicadas en las Islas Bahamas. La cuantía del personal militar norteamericano —continúa Lieuwen— para estos años (1966) era de 20.000 hombres, además de las fuerzas de Marina y de la Aviación, dotadas de poder nuclear y que integran el Comando Sur (hoy día representan un total de 25.000 hombres). Estos importantes contingentes vienen a constituir el núcleo de adiestramiento de las fuerzas contrainsurgentes y represivas latinoamericanas. Este aparato está dirigido no sólo contra Cuba, sino que a partir del Caribe sirve de puntal a la fuerza militar norteamericana y está dirigido contra los pueblos de América Latina.

En cuanto a su importancia económica, es conveniente destacar que el Caribe representa la zona productora de bauxita más importante del mundo. En 1972 cinco países del Caribe: Jamaica, Surinam, Guayana, República Dominicana y Haití, produjeron juntos 24.285 millones de toneladas de este mineral estratégico, cantidad que representa el 37 o/o de la producción mundial. Estos países satisfacen más del 80o/o de la demanda de mineral de aluminio de los Estados Unidos, estando su producción controlada por una docena de grandes firmas multinacionales. En cuanto a la producción de petróleo, además de Venezuela, que figura como tercer productor mundial, Trinidad-Tobago, y las islas holandesas, constituyen uno de los más importantes centros de refinación en el hemisferio. Dotadas de instalaciones ultramodernas, las instalaciones de las sociedades multinacionales en Curazao y Aruba y las Islas Vírgenes refinan crudo procedente de Venezuela y del Medio Oriente para el abastecimiento de los Estados Unidos.

Por otra parte, el núcleo antillano aportó en 1972 un 18 o/o de la producción mundial de azúcar, o sea unos 14 millones de toneladas, de los cuales la mitad está destinada al mercado norteamericano.

Con el fin de aprovechar estos recursos y las reservas minerales y turísticas que abundan en el área, la penetración de los capitales extranjeros ha alcanzado gran importancia. Las solas inversiones norteamericanas en la cuenca del Caribe, sumando la parte continental y los territorios insulares, totalizan 5.3 mil millones de dólares (1972), un 40 o/o de la inversión estadounidense en América Latina. A este monto habría que agregar las inversiones inglesas, francesas, holandesas y canadienses instaladas en las islas. Esta concentración la convierte en la zona de mayor densidad de capitales extranjeros en el continente, siendo además la región donde por excelencia proliferan las instituciones bancarias dedicadas a drenar hacia el centro del sistema los recursos financieros de esa periferia.

En consecuencia, en esos factores estratégicos y económicos se fundamenta el interés de la potencia hegemón-

nica por afianzar esa esfera de control, así como la persistencia con que las metrópolis tradicionales se aferran por mantener su presencia colonial allí. Este afán se ha expresado en una política ya clásica, de apoyo sin reserva a los regímenes antidemocráticos del área, en la guerra a muerte librada en contra de la Revolución Cubana, y por el mismo hecho de que la región haya sido, en octubre de 1962, teatro de uno de los mayores enfrentamientos habidos en la posguerra entre las fuerzas del socialismo mundial y las del capitalismo. Este espacio ha experimentado, en Santo Domingo, en abril de 1965, la intervención más abierta y brutal llevada a cabo por los Estados Unidos contra una nación latinoamericana, sin omitir la presión intervencionista de los Marines norteamericanos en Trinidad-Tobago en 1970, y el desembarco de los fusileros de la Marina Real Holandesa en Curazao en 1971.

De esta realidad histórica contemporánea nace el interés de los científicos sociales y de los practicantes de la economía y la política, venidos de los horizontes metropolitanos, por el estudio de esta área. Proviene también, determinado por las mismas particularidades del subdesarrollo (la dependencia y la balcanización, la precaridad de los medios de que disponen los intelectuales y científicos del Caribe para indagar y conocer la realidad de la misma). De ahí la necesidad de superar dicha precaridad por un esfuerzo propio contando con la experiencia y la cooperación de aquellas instituciones académicas latinoamericanas que entienden la imposibilidad de separar la problemática de los pueblos del Caribe de la comunidad latinoamericana.

Las consideraciones que han inspirado la idea de la celebración de este coloquio, sin duda alguna reúnen o sintetizan reflexiones y preocupaciones que se habrán planteado ya cada uno de los participantes desde el ángulo de su respectiva especialidad: histórica, sociológica, económica o política, y que habrá de confrontar en el más amplio debate.